JOAN MATEU PARRA / SHOOTING

La periodista Llucia Ramis, que publica *Un metro cuadrado,* ha vivido en diez pisos en los últimos treinta años

"Tener trabajo ya no nos garantiza que tengamos un sitio para vivir"

Llucia Ramis

Periodista y escritora. Publica 'Un metro cuadrado'

ENTREVISTA

LARA GÓMEZ RUIZ
Barcelona

Los recuerdos de Llucia Ramis (Palma, 1977) se dividen entre las casas en las que ha vivido y esto es algo que ha estado presente a lo largo de su obra, con novelas como *Les possessions* (Anagrama/ Libros del Asteroide) o el reciente ensayo *Un metro cuadrado*, ganador del premio de No Ficción Libros del Asteroide, que estará disponible en librerías a partir del próximo lunes con este sello, y en catalán con Anagrama a partir del 13 de mayo. En sus páginas, la autora pone al servicio del lector su propia experiencia como inquilina e invita a este a acompañarla a casi todos los pisos que ha habitado en Barcelona.

¿Cómo ha sido regresar a esos lugares a los que un día llamó hogar?

Tenía una idea de lo que sucedería y no ha sido exactamente así. Desde luego, no imaginaba que en dos de los pisos iba a encontrarme con personas conocidas. Eso demuestra que todos nos acabamos moviendo por los mismos lugares.

¿Cómo cambian las percepciones? Reflexiona que algunos de sus pisos eran viejos y asequibles a finales de los 90 y que ahora tienen "un encanto altamente cotizado".

Ante la alta demanda, hay zonas que se han puesto de moda. Pero yo entré en su día porque eran pisos modestos. Y muchos lo siguen siendo, lo vendan como lo vendan y al precio que sea. En todo caso, esas casas me han marcado y quería comprobar si mi esencia permanecía allí de algún modo.

¿Y permanece?

En muchos sitios sí. Pero no en la casa familiar en Mallorca, Can Garruví. Es el lugar donde siempre pensé que me retiraría, pero, al final, cuando fallecieron mis abuelos, fue muy difícil mantenerla. Se vendió, pero duele ver lo que han hecho con ella. Una piscina donde estaban las viñas, muros altos que parecen protegerse del exterior y ya no son de piedra seca, tan característica en Baleares... Esa ya no es nuestra casa. Y es frustrante saber que nunca más vas a poder volver a un lugar, aunque sea de visita.

¿Cómo han sido el resto de sus experiencias a lo largo de estos años. Diez pisos en los últimos treinta años, se dice pronto.

Marca mucho, sin duda. Es agotador no tener la sensación de decir: "Me quedo aquí". Ponerte a buscar en portales cada dos por tres, mientras los precios se disparan. De nuevo, contratar una empresa de mudanzas, hacerlo todo en fin de semana, porque yo soy *freelance*... Esto genera, más allá de agotamiento físico y mental, la sensación de que uno no vale nada. La sociedad te valora por lo que tienes, pero como no tienes nada, no vales nada.

> **Un problema estructural**
> **Si ahora tuviera 18 años, no podría hacer todo lo que hice. Mis padres no podrían pagarme un alquiler aquí"**

Entonces, decidió ser propietaria.

Un poco en contra de mis principios, pero la situación me llevó a hipotecarme con 40 años. Conseguí tener unos ahorros y llegué a la conclusión de que no podía seguir con esta angustia más tiempo. Pero, si los precios para alquilar hubieran sido normales, no me hubiera hipotecado nunca.

No todo el mundo puede, por mucho que trabaje.

Esa es la gran diferencia con la generación de nuestros padres, que el trabajo ya no nos garantiza que tengamos un sitio para vivir. Y no solo hablo de jóvenes. Hay gente de mi edad, y yo estoy a punto de cumplir 49, que todavía hoy no puede hipotecarse, pese a tener un trabajo estable. El derecho a tener una vivienda no debería depender de la suerte que tengas con tu casero. Y las soluciones tampoco pueden limitarse a heredar, hipotecarse o volver a casa de los padres.

Esa inestabilidad hace que cueste sentir las casas como propias.

Siempre he tratado de convertir mis casas en hogar, lo que pasa es que te haces a la idea de que tienen fecha de caducidad. Y esa idea lleva al silencio.

¿A qué se refiere?

Pues que ocultas los posibles problemas que puedas tener para que no se entere el casero. Conceptos como *inquiokupas*, y tantos otros presentes en los medios, han hecho crecer la desconfianza hacia los inquilinos. Y sobrellevar la precariedad en silencio es muy complejo, aunque esto parece que está cambiado desde que apareció el Sindicat de Llogateres. Cada vez se concentra más la propiedad y aumenta la confusión de creer que el derecho es el de ser propietario y no el de tener una vivienda. Pero cambiar la manera de pensar es muy difícil. Es un problema estructural.

¿Y tiene solución?

Yo no doy ninguna. Prefiero limitarme a hacer una radiografía, y esto ha sido posible gracias al trabajo de muchos periodistas antes que yo. Me quedo con una reflexión: si ahora volviera a tener 18 años, no podría hacer todo lo que he hecho. Mis padres no podrían pagarme un alquiler aquí. Por eso dedico el libro a mis sobrinos, porque en su infancia habrán pasado por varias casas, mientras yo pude vivir siempre en la misma ●

Te estoy amando [illegible]

Había algo húmedo y libidinoso, de pecado terrenal, en las canciones de Las Grecas